

La leyenda de  
Sebastien Venom

Sonia  
Górdoba

Alberto  
Valverde





*Hijos de Alcant \* La leyenda de Sebastien Venom*

Todos los derechos reservados.

© Sonia Córdoba y Alberto Valverde

© Editorial Universo

Web de los Autores: [www.hijosdealcant.com](http://www.hijosdealcant.com)

Web Editorial: [www.editorial-universo.com](http://www.editorial-universo.com)

ISBN: 978-84-941948-9-4

Depósito legal: M-5975-2014

Diseño de portada: Xavi Pastor

Web: [Xvdigital.blogspot.com](http://Xvdigital.blogspot.com)

Diseño y maquetación: Maialen Alonso

IMPRESO EN ESPAÑA

UNIÓN EUROPEA

A mis hijos, Jorge y Daniel.  
Gracias por vuestro entusiasmo y paciencia.  
Os quiero.

A mis padres, Conchi y Jesús.  
Por vuestra infinita incondicionalidad.  
Os amo.

En memoria de Federico Córdoba Ballester y  
Jesús Valverde Fernández

*Tantos recuerdos de ti se me acumulan,  
que no dejan espacio a la tristeza,  
y te vivo intensamente sin tenerte.  
Te haces presente en las pequeñas cosas,  
y es en ellas que te pienso y que te evoco.  
No volverás nunca jamás,  
pero perduras en las cosas, y en mí, de tal manera,  
que me cuesta imaginarte ausente por siempre jamás.*

MIQUEL MARTÍ POL  
(A Dolores)



**L**a evolución de Sonia y Alberto es una de las más espectaculares que he tenido la suerte de presenciar. Cuando recibí su manuscrito me encantó la idea, pero sabía que el trabajo iba a ser complejo dada la extensión del mismo. Además, existía la dificultad añadida de que eran dos autores con una forma muy peculiar de trabajar. Y por si todo esto fuese poco, él reside en Bilbao, y ella en Alicante; todo un reto.

Sin embargo, el resultado es compacto, la unión de ideas perfecta y el trabajo de ambos, digno de admiración. Ni siquiera yo, siendo su editora y conociendo el proceso, soy capaz de diferenciar el trabajo de cada uno de ellos en el manuscrito. Y lograr ese nivel de compenetración, no es nada fácil. Estos dos autores no solo son incansables, además transmiten una ilusión, unas ganas y una profesionalidad, que ya querrían tener muchos autores consagrados. Ante los retos, ellos se crecen. Ante la dificultad, dan lo mejor de sí mismos. Y aprenden, aprenden mucho y muy rápido.

*Hijos de Alcant* era una obra con muchísimas posibilidades cuando llegó a mis manos, pero gracias al trabajo de Sonia y Alberto, a su humildad y a la rapidez de adaptación de ambos, se ha transformado en el inicio de una saga que dará mucho que hablar. No tengo la menor duda.

En relación a la trama de esta gran historia, debo confesar que

pocos personajes literarios me han impactado tanto como Sebastian. Te atrapa, te envuelve, y reclama su protagonismo página a página. No sé si Sonia o Alberto eran conscientes de su magnetismo cuando lo crearon, pero en cualquier caso, creo que nadie podrá leer *Hijos de Alcant* sin quedar atrapado por él. Y no es el único, pues sospecho que Albert va a ir ganándole terreno poco a poco.

Son más de setecientas páginas de aventuras, de amor, de pasiones, de misterios... que a mí, a pesar de su extensión, se me quedan cortas. Estoy segura que al lector que se adentre en sus páginas, también.

Con el libro que tienes en tus manos comienza la leyenda, y desde la Editorial Universo estamos orgullosos de formar parte de ella.

CRISTINA CAVIEDES



# I

## 1 De Enero de 1432

### Alcant

*«La memoria del corazón elimina los malos recuerdos y magnifica los buenos. Gracias a ese artificio, logramos sobrellevar el pasado»*

*Gabriel García Márquez*

**L**a caída de las últimas hojas anunciaba la llegada del invierno y, con él, las primeras lluvias. El viento extraviado dejaba caer las hojas en delicada armonía, cubriendo el suelo con un manto de color ocre y amarillo que invitaba a la nostalgia. Esa noche se antojaba plácida, un regalo que otorgaba en muy pocas ocasiones un final de otoño malcriado.

El cielo que reposaba exhausto tras su última batalla, mostraba ahora un manto negro salpicado de miles de pequeñas estrellas que trataban de brillar desde la profundidad de su lejanía, mostrándose ante la tregua como si estuviesen reclamando su sitio y su propia existencia en el universo.

La luna se alzaba poderosa y dueña de la noche; llena, visible, henchida de luminosidad y de rabia a partes iguales, por haberse sentido humillada por la furia de los Dioses. Oculta a miradas indiscretas por los abrazos oscuros de las nubes, volvía a ser el faro de la noche; la guía de los viajeros, el enemigo de los incautos,



la aliada de los amantes, un testigo silencioso, mudo e inalcanzable. Esa misma luna, llena de secretos, se mostraba desafiante. Exhibiendo todo su poder, no permitía que el manto verde que conformaban las copas de los reyes de la floresta, eclipsara sus horas en la más lúgubre de las penumbras.

En aquellas tierras arropadas por montañas, frondosos bosques vástagos del tiempo crecían imponentes, triunfantes sobre la inmensa naturaleza, cubriéndolas por una gran cúpula de color verde.

En uno de aquellos bosques, el más próximo al pueblo de Alcant, se hallaba un paraje, uno de esos pequeños paraísos terrenales que brindaba la naturaleza, y que eran casi desconocidos para el hombre.

Hacia poco más de treinta años, cuando el siglo XIV se prestaba a dar paso al inminente siglo XV, anunciando el fin de la Edad Media, dos muchachos de poco más de diez años iniciaron la que sería una de sus mejores e inolvidables aventuras de juventud, ofrecidas por aquellos territorios que sus progenitores conceptuaban de hoscos, zainos y hostiles. Un territorio prohibido para la puericia de dos niños.

Tras la gran hambruna sufrida entre los años 1315 y 1317 en el continente, Europa sufrió una de sus mayores crisis socio-económica, provocando millones de muertos. Un tiempo inusual, húmedo y frío, tras años de cosechas exiguas, cultivos podridos y la escasez de alimentos, produjo una hambruna generalizada que parecía no acabarse nunca. Mientras, la criminalidad ascendía y, en el furor de lo religioso, las oraciones parecían no surtir efecto. La creencia en demonios bailaba rondas diabólicas.

Ahora, la delincuencia se había visto reducida de un modo drástico, siendo el mayor peligro para el hombre la extensa vastedad del bosque, y la facilidad para desorientarse y perderse en

él. Aquella mezcolanza entre montañas y el terreno escarpado, que se mezclaba con extensas llanuras de prados verdes abrazados por enormes árboles, ayudaba aún más al azoramiento.

Sus montañas estaban salpicadas de recónditas cuevas, y entre sus árboles serpenteaban innumerables riachuelos que, cada cierto recorrido, confluían dando lugar a su muerte en un enorme río: El Nerv.

El río y el conocimiento de sus raíces eran las únicas brújulas que permitían desplazarse sin peligro por aquellas tierras —si uno quería ahorrarse los incalculables trayectos que ofrecía aquel vergel de naturaleza en estado puro—, a través de las lejanas y sinuosas vías de acceso que rodeaban las laderas de las montañas, como si trataran de vestirlas, confundiendo al errante en su curso.

El difícil acceso, y los imprevisibles encontronazos con los actos delictivos de los jornaleros, moradores en las entrañas del bosque, y sabedores de sus límites y lindes, eran las razones por las que Alcant y sus alrededores se habían convertido en un remanso de paz.

A ello también ayudaba el ejército de soldados que custodiaban la entrada y salida del bosque.

Eran tiempos difíciles, a los que se les había unido una epidemia incontrolable conocida como la Peste Negra: la pandemia más destructiva de la Edad Media. Todo ello, unido al unísono compás de una devastadora desolación, convirtió aquellas tierras plagadas de demonios por las atrocidades cometidas por el hombre en pro de su supervivencia, en un paseo por el inframundo; y, además, dotó al bosque de un aura lúgubre que fue creciendo a medida que las historias se fueron convirtiendo en leyendas.

Aquellos bosques eran conocidos como «La Morada del Dia-

blo».

Cientos de personas perecieron en su interior, víctimas entre sí ante la imposibilidad de poder abandonar la Morada. Bien por los soldados que la custodiaban impassibles, o bien porque la mayoría jamás supo cómo salir de allí.

Huidos, desconocedores del lugar en el que se adentraban buscando refugio, muchos osados trataron de desafiarla penetrando en ella.

Un centenar de historias se le habían achacado al bosque. Durante años, infinidad de relatos habían ido pasando de padres a hijos, como método de persuasión para que los incautos no se adentraran en sus entrañas. Creaban instructivas tretas para que los jóvenes, ávidos de emociones y aventuras, respetasen el bosque; historias con un tinte macabro y escabroso, de cuerpos mutilados por doquier, degollados, empalados..., rostros en los que había quedado reflejado el miedo del último aliento de vida; cadáveres que se amontonaban siendo pasto de las ratas. Una imagen dantesca, incluso para los insensibles.

Pero, de alguna manera, nunca se supo el por qué nadie los vio salir; ni siquiera cuando los soldados, apostados en el límite del mismo, abandonaron la vigilancia de aquel enorme perímetro de seguridad que durante años habían guardado con recelo.

Con el tiempo, todo esto se olvidó y la normalidad volvió a restablecerse. Los robos, asesinatos, desapariciones... Todo aquello pasó a ser cantares en bocas de trovadores y padres protectores.

Los niños, con oídos atentos, presenciaban atónitos de boca de uno de sus mayores, la historia que este, el más viejo del lugar, les ofrecía. Por derecho había vivido más aventuras y tenía mucho más que contar.

Mientras relataba con exacerbada teatralidad y grandes aspavientos, los niños escuchaban con los ojos ávidos de brillo, al anciano hablar de bestias sedientas de sangre, capaces de destrozarse a sus víctimas de un solo zarpazo.

Describía con todo detalle el diámetro de sus fauces, y el tamaño de sus colmillos afilados. La tensión del momento mantenía a los niños en una lucha interna con ellos mismos, debatiéndose en la constante de oír, o no, lo que aquel viejo les relataba.

Las gentes de Alcant volvían de nuevo a transitar sus bosques con la misma seguridad de antaño. Todas esas historias se habían convertido en eso: leyendas que se contaban en el albor de las noches de invierno, al rescoldo de una buena hoguera, en el centro de la plaza del pueblo.

Exceptuando aquellos episodios, Alcant siempre había sido un remanso de paz. Una fortaleza casi inexpugnable. La distancia que había que recorrer hasta llegar a ella se hacía eterna.

Aunque las batallas se disputaban muy lejos de allí, la Guerra de los Cien Años, —que durante años se sucedieron por el control de aquellos territorios entre ingleses y franceses—, salpicaron a Alcant de una forma indirecta, dejando secuela de lo allí sucedido; no hubo ilación lógica entre las causas y las consecuencias.

Como en el resto de Europa, donde acabaron imponiéndose las monarquías autoritarias, aquí también había aumentado el poder de los reyes de un modo pactista o en equilibrio. Pasaron de depender de la jerarquía de un señor, a tener un rey en el que se concentraba todo el poder político. Por supuesto, se trataba del mismo perro, pero con diferente collar. Por alguna extraña ramificación en su árbol genealógico, resultó que ahora era rey.

Alcant pasó a ser un reino...

A los niños no les estaba permitido adentrarse en el bosque. El

respeto a sus mayores, y a las historias que contaban, les era más que suficiente para no entrar en La Morada del Diablo.

Pero aquellos dos niños no eran como el resto. Tenían la rebeldía corriendo por sus venas. Avezados estudiantes, inteligentes y con la curiosidad normal de su edad, cualquier historia o enigma era todo un reto para ellos, y una aventura por descubrir. Aquella injerencia innata e inherente a ellos, les había llevado a severos castigos y azotainas. Pero todo aquello no era suficiente para frenar la curiosidad de sus alocadas cabecitas.

Aprovecharon una tarde en la que su tutor en la escuela se había sentido indispuerto, y decidieron investigar un poco en los alrededores del bosque, cerca de la casa de Jop.

En realidad, la idea fue de Seb.

Seb era intrépido y decidido, algo impetuoso y muy impulsivo. Su inteligencia y astucia rozaba la perfección. Era diestro con la espada, palos, o cualquier cosa que pudiera blandir y le sirviera para defenderse.

Jop, más pausado, cerebral y reflexivo, poseía la prudencia que a Seb le faltaba. Tan joven, ya gustaba de madurar bien las ideas y sus repercusiones. Despuntaba como un hábil estratega en una especie de juego de la época, surgido de la fusión de tres juegos: las fichas de las tablas, el tablero de ajedrez, y los movimientos del *\*alquerque*<sup>1</sup>. Conocido como «Ferses», en sus inicios este era el nombre por el que se conocía a la reina en el ajedrez. Este juego requería de analizar y valorar no solo las consecuencias que generaba los posibles movimientos propios, sino también las que ocasionaban los movimientos del contrincante como respuesta. Y esa elaboración constante de planificar una estrategia, dependiendo del grado de información que tenía Jop desde un principio, evidenciaba a los mayores, por su agilidad de res-

---

1 *Alquerque*: Base del juego que hoy se conoce como Damas.

puesta.

Jop era un buen discípulo en todo aquello que se proponía, pero la espada se le resistía. Carecía de esa iniciativa espontánea de Seb para meterse en líos. Pero era un gran mediador.

Descendientes de caballeros, su destino era ingresar en las filas de la nueva guardia del rey. Aunque en ocasiones como aquella, se sentían como uno de ellos, dispuestos a entablar aventuras en pos de la verdad, a resolver entuertos y librar batallas lejos de Alcant, para regresar y contar envueltos en loas sus hazañas. O cómo hicieron justicia enfrentándose a ladrones, delincuentes y gentes de la peor calaña, imponiendo el orden y el respeto hacía la ley.

A esa edad, preponderaban en ellos actitudes claramente destacables para ese futuro que se estaban labrando, no sin esfuerzo. Se conocían hasta el último recoveco de Alcant, se sabían de memoria las vidas ajenas de cada uno de los habitantes del lugar. Pero lo que más deseaban era tener quince años para poder entrar en el castillo y terminar su formación. Era el único lugar de Alcant que hasta el momento desconocían y su curiosidad les llevaba a desearlo con impaciencia. Solo quedaba un lugar por investigar. El que más misterios guardaba de todos, y del que solo habían oído hablar en boca de los demás.

Bajo la promesa de que no se alejarían mucho, dejaron la explanada que daba acceso a la casa de Jop en la cima de una pequeña colina, y se adentraron entre unos matorrales, perdiéndose bajo la espesura de aquellos enormes árboles.

Jop recordaba que justo al entrar de frente, siguiendo un estrecho camino que se había formado de tanto pisotear la hierba, nació un pequeño riachuelo donde se formaba una diminuta poza, a la que su padre les solía llevar a bañarse y pescar. Justo tras los primeros árboles que daban inicio a aquella grandiosa maraña

que configuraba el bosque —la misma que ponía cada color en su sitio y le daba vida a un paisaje inanimado—, y tras dejar la fina hierba verde en todo su esplendor, se adentraron en un territorio formado por multitud de hojas ocres que descansaban en el suelo y crujían ante el paso firme del viajero. Llegaron donde las copas de los árboles se enlazaban en un abrazo interminable, dotando a la tarde de un sutil toque siniestro pero, a su vez, relajante claroscuro salpicado de luces y sombras, convirtiendo a aquel bosque encantado en uno más sombrío. A pesar del esfuerzo por colarse entre los huecos de la inmensa espesura, solo consiguieron filtrarse unos pequeños rayos de luz que se afanaban por encontrar un resquicio, proyectándose a modo de enormes focos que iluminaban en vertical desde el cielo allí donde podían dejarse notar.

Llegaron al río, el cual transitaba un par de palmos por debajo del nivel de la hierba, oculta tras la hojarasca. La erosión de alguna gran riada debió provocar aquel paisaje, y con él, aquellas orillas que en verano les servían de lugar para sus excursiones familiares. Decidieron seguir un poco el curso del riachuelo. No se alejaron de él, aunque debieran abandonar su orilla para sortear algún tronco caído, rocas o algún paso obstruido a causa del rebelde crecimiento de la salvaje vegetación. Quitando algún que otro obstáculo que les llevó a tener que rodear la orilla, al final les dirigió prácticamente rectos, paralelos entre el río y los árboles. Allí donde no encontraron la aventura que sus cabezas y jovencísimos corazones infantiles ansiaban, un descubrimiento aplacaría cualquier indicio de decepción. Un pequeño mundo hecho a la medida de sus imaginaciones se convertiría en el mayor de sus secretos.

Al poco de su recién iniciada aventura, el río giraba a la izquierda frente a una, en principio, pequeña montaña que comenzaba a erigirse árida y abrupta frente a ellos desde algún punto

del bosque hasta penetrar en el agua. Mientras, los árboles parecían retorcerse entre sus laderas tratando de rodearla por completo.

En la otra orilla, la situación era igual. Puede que la misma montaña abordara el curso del río, agazapada tras el frondoso bosque, impidiendo que este pudiera seguir por el ancho natural y chocara contra su roca como si encontrara un dique en su camino.

El río parecía escapar del bosque, entre dos montañas cuyas faldas simulaban con sus paredes una especie de puerta por la que el agua era obligada a pasar.

Cambiando el verde paisaje por el árido gris, abandonando la compañía de los árboles por paredes de roca escarpadas que lo observaban amenazante, simulando abalanzarse sobre él de un momento a otro.

Aunque había poca profundidad y distancia entre las orillas, ya que no se trataba más que de uno de los diversos afluentes del Nerv, no parecía buena idea seguir por allí. Y mucho menos adentrarse en el bosque tratando de rodear la montaña para luego encontrarse de nuevo con él. Ambas opciones suponían penetrar en un territorio desconocido para ellos, ya que no sabían cuándo el río recuperaría el bosque, ni dónde. O si directamente iría a dar al Nerv cientos de metros más adelante. Tal vez, la roca acabaría poco más allá de donde la vista les alcanzaba.

Con esta tesitura, comprendieron lo pronto que el bosque podía comenzar a mostrarse hostil y misterioso. ¡Apenas estaban a un kilómetro de la casa de Jop! Rodear la montaña tampoco parecía buena idea. No conocían su grosor y, por tanto, cuánto les obligaría a adentrarse entre los árboles para rodearla, y con ello, alejarse de la orilla que era su camino. Tal vez unos pocos metros, pero quién sabía si cientos.

Aquella era la única zona que, dada su edad, conocían del bosque y ya les estaba pidiendo una decisión: el querer o no continuar con la aventura que no había hecho más que empezar, planteándoles un reto.

Aquello no era como curiosear las estrechas y oscuras calles de Alcant, ni los alrededores del castillo. Aquello era muy distinto. Era excitante, peligroso, desconocido y, sobre todo, estaba prohibido. Todo un cóctel tentador para sucumbir en la tentación de unos espíritus libres y curiosos como los de Seb y Jop.

Ambos comprendieron que su pequeña travesura de investigación, y pequeño paso a la gloria cuando contaran su incursión en aquel temido lugar, había dado a su fin.

Se encontraban contemplando cómo el agua golpeaba contra las paredes de roca, hasta enfilar su camino a través del embudo que formaban las montañas, cuando Jop cerró un poco los ojos y frunció el ceño, mientras observaba con extrañeza el agua que golpeaba en la montaña que emergía justo frente a ellos.

Seb conocía esa mirada. Su amigo había visto algo que le llamaba la atención. Y Jop no era de los que se alertaba ante cualquier ligereza. Al contrario, lo sutil era asimilado por él con naturalidad.

Cuando Jop analizaba algo podías estar seguro de que era algo en lo que nadie más había reparado todavía. Tuviera la edad que tuviera.

En las enseñanzas primarias que recibían de estrategia, Jop se aburría. Se trataba de juegos mediante los cuales los chavales entrenaban su sentido de la memoria y acentuaban su capacidad de razonamiento. Localización y posicionamiento. Visualización y recuerdo.

Pequeños juegos de los errores en los que Jop competía por

escolar obligación. Cuando los demás niños aún no habían iniciado su búsqueda, él ya sabía qué errores había, qué faltaba o qué sobraba. Sin más. Antes de que empezara el juego, cuando el tutor lo estaba planteando, ya había asimilado de qué se trataba y lo había resuelto. Sin instrucciones. Era una obviedad a sus ojos. Llegó un momento en el que el tutor explicaba el juego a los demás, mientras Jop tenía los ojos vendados, llevaba puesto en la cabeza el casco de Willy, la armadura de combate que tenían expuesta en el colegio, y los oídos taponados. Toda aquella parafernalia se le quitaba cuando los demás iniciaban el juego.

Cuando el aburrimiento los apresaba, se iban a la plaza del pueblo e iniciaban un reto. A pesar de sus cortas edades sentían el acicate de retar y ser retados. Incluso en alguna que otra ocasión bajaban del castillo para retar al «niño invencible», como se le conocía allí. El Ferses, un juego complicado para su edad, le había dado gran reconocimiento en diversos círculos. Su estrategia y dominio en este juego de mesa no pasaba desapercibido para nadie, ni siquiera para su padre. Dada la situación de Edward Greenval II, como caballero real de Alcant, no le hacía demasiada gracia que su hijo anduviese siendo causa de apuestas entre el resto de la población.

La verdad es que Jop y Seb habían sido agasajados y recompensados en más de una ocasión con abundantes meriendas, además de algún que otro regalo por dejarse retar a petición de los presentes. Las habilidades de Jop habían ido y venido de boca en boca, y muchos mercaderes llegaban hasta Alcant para dar fe de lo que se contaba, o llenos de un ego imposible de saciar y de reponerse cuando eran vencidos por un niño de apenas diez años. Eso sí que dolía...

Aunque a su padre no le gustaba y alguna azotaina se había llevado a consecuencia de ello, Jop pensaba que no estaba mal

que algunas de las pobres gentes del pueblo sacaran algún dinero, viandas o material a aquellas gentes que no eran del lugar. Era una forma de hacer el bien y servir a Alcant. Jop era así. Hacía tiempo que dejó de jugar cuando el rival era del pueblo o las apuestas eran entre sus gentes.

A Seb, desde temprana edad también le gustaban las damas, algo en lo que después llegó a convertirse en un auténtico estratega. Pero eran otro tipo de damas... Tan canijo y estirado como hábil, así como rápido con su pequeña espada de madera, muy pronto le empezaban a llamar la atención las mujeres. Tonteaba y arrancaba besitos en la boca a todas las niñas atractivas del pueblo, espía a las sirvientas y observaba a las mozas cuando se bañaban en los barracones aledaños del castillo. Observaba a las parejas cuando se besaban y despedían en la penumbra de las calles... Coqueteaba y tonteaba con mujeres, de las cuales, la más joven podría ser su madre.

Alenda, su madre, le decía que era muy niño para esas cosas. Mientras, a su padre, Thio Venom, se le henchía el orgullo macho del varón que había engendrado, riéndole el gracejo y ocurrencias que a su corta edad ya mostraba. Le alentaba aun en tierna edad, y delante de sus amigos, a que disfrutara cuando creciera de las mujeres, y que ni tratara de comprenderlas ni hiciera caso de sus argucias, porque podría acabar como él. Todo un capitán de la guardia que no era más que un soldado raso en su casa. Cuando decía esto, miraba con una sonrisa de complicidad a su mujer, y ella le correspondía con otra aún mayor.

Seb sabía que su padre adoraba a su madre. La idolatraba. Que la amaba desde la primera vez que la vio. Solía comentárselo alguna que otra noche, a solas, al acostarse, cuando Seb le preguntaba espoleado por esa prematura curiosidad, por cómo la conoció. Sabía que su padre dejaba cualquier cosa para poder

regresar a casa con ella. Con ellos.

Pero, ante todo, era un capitán de la guardia del rey... Sobre todo ante sus amigos. Su madre le decía que algún día conocería a alguien y, entonces, ya no habría en su corazón ni en su mirada más mujeres en el mundo. Que solo tendría ojos para ella.

Mientras hizo caso del consejo de su padre, su vida fue plena. Se divirtió. Se divirtió y disfrutó. Mucho. Exceptuando algún que otro esgarce con presencia del marido incorporada y que, en consecuencia, supuso algún que otro problemilla. Cuando se complicaba demasiado, allí estaba Jop para solucionarlo.

Jop podía ser tanto el mejor mediador posible, como el mejor compañero de armas que pudiera desear tener siempre a su lado.

El día que ocurrió lo que predijo su madre, el día que Seb conoció el amor en estado puro, ese día acabó todo. O peor aún... Allí donde la luz guiaba cada uno de sus pasos, se tornó todo en oscuridad.

Incluso el amor puede convertirse en la puerta hacia el infierno para el hombre.

—¿Qué miras, Jop?

Viendo que seguía en igual actitud, Seb se había dejado llevar por la impaciencia y no esperó a que su amigo acabara uno de sus eternos análisis.

Jop era de esos que gustaba de explicar la solución, o de decir «esto o aquello...», el por qué le parecía demasiado obvio. Pero cuando pensaba tanto, le gustaba explayarse para regocijarse de su habilidad. Era el único momento de vanidad que se permitía en su vida. Pero nunca de forma arrogante. Quería que los demás aprendiesen. Tenía la necesidad de mostrar todo aquello que le resultaba interesante, instructivo, revelador y todo un reto al profano. De una forma distendida, amena y magistral, nece-

sitaba el acicate de la discusión para dar un aire de dramatismo a toda la perorata interminable y cansina para los oídos menos atentos, y poder captar la atención de los que oían sin escuchar.

Años después, aplacaría esta vanidad enseñando estrategia al ejército del rey, e incluso en batallas que les mezclaron con ejércitos de pueblos hermanos entre gentes desconocidas. Si luchabas al lado de Jop sabías que el derramamiento de sangre sería menor y la batalla más cómoda, aumentando las posibilidades de victoria.

Pero sí, le gustaba compartir. En Jop la vanidad y la ostentación no suponían ningún defecto. Simplemente no las tenía.

Seb, aunque de buen corazón como él, sería siempre bastante más fanfarrón en todo.

—¡Eh! ¿¡Qué miras!?! —volvió a preguntar más impaciente.

—¿Has visto ahí, donde el agua golpea con la roca y se levanta un poco para caer hacia la izquierda y coger de nuevo el cauce a través de las rocas?

—Sí, el agua golpea contra la roca... se levanta... se cae... y sigue. ¡Vaya cosa! —contestó Seb sonriendo y alzando los hombros un poco.

—Para lo crecido que baja el río debería ser más agua la que se levantara.

No es que estuviese muy crecido, porque apenas les llegaba el agua por las rodillas, pero si es cierto que, en comparación a otras veces, sí estaba alto. Por lo general, el agua les cubría por encima de los tobillos. Un poco más en la poza que se formaba justo frente a la casa de Jop. Y, además, solía fluir plácida al paso por allí. Claro que acostumbraban a ir en las épocas buenas de primavera y verano. Y después, como mínimo, un par de días de buen tiempo.

—¿Y? —preguntó Seb con cara de incredulidad y previendo que llegaba la pertinente explicación—. ¡Ciencias ahora no, por favor! Permíteme seguir agradeciendo en mi alma a quien haya servido esa sopa asesina que tiene a nuestro tutor postrado en los retretes... ¡No empieces tú ahora!

Sus miradas se cruzaron con gran complicidad y, al unísono, una estruendosa carcajada retumbó en el bosque. Estaba claro que aquella excursión no había sido del todo espontánea.

—¡Has sido tú! —aseveró divertido Jop—. ¿Pero, cómo?

—Después de las clases de la mañana, al ser el último en salir, porque el señor Mills me estaba reprendiendo, he visto al pasar a la señora Mills en la cocina preparando el almuerzo. Entonces recordé que el señor Mills el otro día cogió una botellita de laxante de un estante que hay en el pasillo, junto a la entrada de la cocina. Lo sé porque son iguales que las que le receta el boticario a mi madre para el estreñimiento —ambos sonrieron—, y se echó un par de gotas en el té mientras estábamos en la hora de estudio. Bueno, mientras yo trataba de echar una cabezada... Y, al poco tiempo, ¡salió disparado al retrete!

—Sí, me acuerdo de aquello... ¿Entonces?

—Regresé sobre mis pasos, observé que el señor Mills se encontraba recogiendo y ordenando los pupitres, cogí el frasco, entré en la cocina y le pedí con educación a la señora Mills que me diera un poco de agua... y cuando esta se giró y salió al patio a llenarme un vaso en la bomba...

—¿Cuánto echaste?

—Digamos que el señor Mills me pidió que reflexionara sobre mi actitud y yo le estoy ofreciendo ahora a él la posibilidad de reflexionar sobre la suya, sentadito tranquilamente en la letrina. ¡Solo espero que la buena de la señora Mills haya comido otra

cosa, porque si no la situación puede resultar bastante embarazosa!

Los dos rieron imaginando al delgaducho señor Mills y a su oronda señora disputándose un puesto en la letrina.

Jop recuperó la seriedad y volvió a mirar el agua rebotando sobre la roca. Seb comprendió que la clase no había finalizado.

—A ver... ¿qué pasa? —preguntó fingiendo que imploraba una explicación mientras alzaba los brazos y la mirada al cielo.

—Nada, solo que debido a las lluvias de los últimos días el río baja con más fuerza de lo normal y, sin embargo, cuando golpea la roca, el impacto no hace que se eleve en la proporción que al parecer le corresponde.

—¿Y eso qué son ahora? ¿Matemáticas? —Seb se había perdido. De la última parte de la frase no sabía muy bien lo que Jop había querido decir. —¿De verdad que no te estás tomando el jarabe de la tos de tu madre?

—Es simple, observa el otro lado.

Algo tan obvio que a Seb no se le había ocurrido. Observó la otra orilla. El agua golpeaba contra la roca, pero se alzaba más sobre su nivel que en el lado en que ellos se encontraban.

—¿Y qué ocurre? —Seb seguía sin entender la curiosidad de Jop sobre ese suceso. Para él ni siquiera se podría decir que era un dato curioso.«¡Cosas de Jop!», pensó.

—Que parte del agua se está metiendo por debajo de la montaña. La parte que choca es la parte superior, el resto pasa por debajo.

Seb, al que cualquier mínima e incluso inexistente invitación le parecía suficiente disculpa para iniciar trabajo de campo y pasar de la observación a la acción, se metió en el agua sin dema-

siado cuidado, salpicando levemente a Jop al hundir sus botas y sus pantalones de tela hasta casi la rodilla.

No calculó bien la fuerza que traía el agua y esta le bamboleó casi haciéndole caer, pero un pequeño impulso, ayudado por la corriente, le empujó contra la pared quedando de pie contra ella, con las piernas abiertas y sus manos extendidas y apoyadas sobre la misma. Como esculpido en ella, pegado a la fría y húmeda roca.

—¡Ja, ja, qué cómico! —Jop rio—. ¡Debe de estar helada!

—No mucho.

El orgullo ante todo. El agua estaba congelada, sobre todo en aquella primera y brusca toma de contacto, pero esas eran el tipo de cosas que Seb ni admitía ni admitiría jamás, y con las que luego fanfarroneaba comparándose con los otros chicos.

Y si para demostrarlo debía bañarse desnudo allí mismo, lo haría sin dudar. Aunque luego estuviera dos semanas en cama, perdido entre mantas y con la cataplasma del boticario aplastándole la cara con aquel asqueroso y fuerte sabor de eucaliptus mezclado con sabe Dios qué.

Seb recobró el equilibrio afianzando sus pies para frenar la fuerza de la corriente. Con su mano derecha seguía estabilizándose sobre la pared, mientras se encorbaba tratando de agacharse. Haciendo un esfuerzo introdujo su brazo izquierdo en el agua, tanteando y siguiendo la superficie.

—Aquí abajo hay un hueco, no muy alto pero sí bastante alargado, como si la roca se elevara unos cuantos centímetros formando una especie de puente sobre el agua.

—Se agachó más y estiró el brazo hacia dentro. —Sí, pasa por debajo —certificó—. ¡Aquí!

—¿Dónde irá el agua? —La curiosidad de Jop ante los fenómenos naturales era temida por todos sus compañeros en la clase de Ciencias. Incluso desesperaban al bueno del señor Mills—. Debe haber una especie de afluyente subterráneo, porque el agua no parece rebotar en ninguna pared interior, ya que se llenaría y volvería a tratar de salir. Incluso salpicaría más, porque se colapsaría la entrada al colisionar el agua que quiere entrar, con la que quiere salir y la que chocaría contra la roca.

—Sí, claro, se «colastaría» —dijo Seb asintiendo seriamente asomando unos leves morritos. Jop, como otras tantas veces, dejó sus ojos en blanco y, suspirando por no tener remedio su querido Seb, no le dio mayor importancia.

—Igual vuelve a salir más adelante y se reincorpora a través de otro agujero parecido.

Seb, con cuidado, trató de pasar al otro lado del río. Mientras se deslizaba casi pegado a la pared no tuvo menor problema, pero cuando abandonó esta, para atravesar los casi cinco metros que le separaban de la otra, quedó expuesto contra la corriente, acrecentada por la súbita reaparición de la que golpeaba contra la roca, dejándole mojado.

Jop sabía que no había demasiado peligro de que se lo llevara la corriente. Más allá de un chapuzón, había demasiadas rocas salientes sobre las que apoyarse y a las que aferrarse. Además, la corriente no era ni mucho menos tan poderosa. Aunque siempre quedaba el riesgo de una mala y trágica caída. Ese factor de riesgo en el que nunca piensan los críos cuando hacen sus travesuras.

Ni siquiera Jop.

Empapado, y disimulando la tiritona que por momentos se apoderaba de su cuerpo, llegó a la otra parte de la orilla. Apoyó

su espalda, las palmas de sus manos y su trasero contra la pared interna, por donde entraba el agua en aquel nuevo pasillo de piedra y roca.

—¿Se puede saber qué haces? —A Jop aquellos arranques salvajes y repentinos de explorador le inquietaban un poco. Y más en el intrépido Seb. Jop nunca hacía nada que no hubiera sido antes premeditado y valorado. Y, por supuesto, cuando se trabajaba en equipo, consensuado.

—Ya que estamos, y estoy calado hasta los huesos, quería ver si sale por aquí cerca.

—¿Estás loco? No sabemos cómo es esta montaña de grande. Podría salir muy lejos de aquí, o no salir hasta el mismísimo Nerv. Podrían ser aguas subterráneas o qué se yo. No pienso ni meterme en el agua, ni seguirte un paso más allá de donde nos encontramos en este preciso instante.

Jop conocía el auténtico propósito de Seb. La frustración que sentía debido a tener que ver finalizada su aventura en aquel lugar, casi al momento de comenzarla. ¡No habían explorado nada! Se habían limitado a llegar unos metros más allá de los límites de lo que ya conocían.

—Lo que quieres es seguir —continuo Jop—. No podemos avanzar más. ¡Ni siquiera conocemos más allá de la punta de nuestra nariz, como para meternos en el río! ¡Mi padre me mata si se entera! ¡Tu padre te mata si se entera! Sal de ahí y vayamos al sol para que te seques. Ya le preguntaremos a mi padre si conoce dónde va el agua que aquí se filtra.

—¡Vengaaa! —Seb imploraba de forma cómica, imitando a un niño más pequeño—. Solo un poco más! ¡Por favor! El agua no está tan fría.—Jop entendía aquella situación de un modo surrealista, ahí estaba Seb con sus labios de un tono lila y casi sin

poder controlar el balbuceo que le provocaba la tiritona, y aun así le decía que el agua no estaba fría.—Y aún tenemos toda la tarde ante nosotros. Queda sol de sobra para secar nuestras ropas. Nadie lo sabrá. ¡Hagámoslo por el pobre y, a estas alturas, seguramente, exhausto señor Mills! ¡Que su descomposición no haya sido en vano!

Jop sonrió. Su amigo nunca dejaba de arrancarle una carcajada con sus ocurrencias. Seb sabía que la única manera de arrastrarlo era esa, tratando de provocar el instinto aventurero que sabía que tenía. Lo había demostrado ya otras veces, el hacer que este estuviera distendido y se dejara llevar. Porque si de lo que se trataba era de razonar, estaba claro que para Seb era una batalla perdida.

Era consciente de que el hecho de estar ahora mismo allí, empapado y recostado de espaldas contra la falda de una montaña que, a su vez, hacía de cauce de un río como si se encontrara en un túnel abnegado de agua... Pues no, no era muy buena idea. Y a él su padre le mataba seguro si se enteraba.

Pero ya estaba en el agua. Ya lo había hecho. Igual que lo del señor Mills. Acto que en parte también jugaba a su favor, porque Jop siempre respetaba y respaldaba la iniciativa propia, siempre que esta tuviera un resultado óptimo. Y esta lo había tenido. ¡Vaya si lo había tenido!

Sabía que le costaría pasar por alto este detalle. El que se la hubiera jugado para poder disfrutar de la tarde libre y adentrarse solos por primera vez en el bosque. Eran un equipo y valoraría mucho haberle dejado correr ese riesgo para nada.

Ya estaban en el bosque. Qué más daba unos metros más allá o si estaban calados hasta los huesos. El mal ya estaba hecho. No habría nada ni nadie que pudiera salvarlos del castigo por mucha redención y buenos propósitos futuros si los padres de algu-

no de ellos se enteraban. Esa era una de las cosas que explicaban a la perfección el carácter de Seb. Pensaba las cosas, sí... Solo que después de haberlas hecho.

El riesgo ya había sido asumido desde el principio. Desde que decidieron irse de excursión al bosque.

—¡Venga va! —suplicó Seb— Cuando el cuerpo se acostumbra no se está tan mal en el agua. Además, tú mismo dices que tu madre te obliga a bañarte a menudo.—Seb odiaba desde niño el momento del baño; el que le restregasen todo el cuerpo con aquel tosco cepillo de cerdas, para eliminar toda la mugre que traía cada noche al regresar de sus juegos. Pero aquello no era lo peor, sino el empeño que su madre ponía en que no solo quedase limpio, sino que oliese bien. No soportaba el olor a flores que le quedaba después de ser restregado con aquel jabón aromático.

Era humillante.

—Hemos eliminado al señor Mills y hemos permitido que todos nuestros compañeros disfruten de una maravillosa tarde. Hemos entrado en el bosque, has descubierto una cosa curiosa que te ha llamado la atención... ¡Tenemos la oportunidad de fisgonear un poco! La corriente no es tan fuerte, ¡si no me lleva a mí, a ti ni te moverá!

Jop era un chico grueso, sin llegar a la exageración; pero Seb era muy delgado, y fibroso.

Jop rio.

—¡Vamos! No es peligroso, no cubre demasiado y hay un montón de rocas para agarrarse si vamos con tiento... ¡Además, ahí dentro las veo aún más grandes! ¡Venga Jop, tenemos toda la tarde por delante! ¡Una tarde preciosa e inesperada! ¡Hemos hecho algo inesperado! ¡Y hemos encontrado un misterio! ¿A dónde irá el agua? No es peligroso. Además es imposible perderse. Esto es

como una calle llena de agua. Lo que se ve desde aquí transcurre entre las dos montañas. Solo tendríamos que girar sobre nosotros mismos al cabo de un poco si vemos cualquier riesgo. Solo un poco, salimos y nos secamos. Nadie lo sabrá.

A Jop seguía sin parecerle buena idea meterse en el río. Eso no era lo planeado. De hecho, ni siquiera lo habían llegado a imaginar. ¡Y seguro que estaba helada! Sabía que ya había hecho una mala acción adentrándose hasta aquel lugar y que, dijese lo que dijese el alocado de su amigo, seguir adelante un trecho a través del agua sí que empeoraría las cosas.

Por el momento, siempre podrían decir que solo habían llegado hasta el lugar donde se encontraba la poza. Lo conocido. A partir de ese lugar, dijera lo que dijera Seb, no sabían lo que se iban a encontrar. Su idea era curiosear y explorar un poco por un paisaje similar al que hasta ahora conocían. Su prolongación, de hecho. Más bien tratando de encontrar la recompensa personal que otorga el triunfo de la rebeldía frente a lo prohibido.

—No pienso meterme en el agua. Dejémoslo, tal vez otro día podamos encontrar otro acceso. Sam me dijo hace tiempo en la escuela que su padre les suele llevar a él y a su hermana al bosque de su casa, al norte de la ciudad, hasta un claro donde acostumbran a almorzar los domingos que el tiempo lo permite. Podríamos convencerle para que un día nos acerque y nos lo muestre, y jugar por allí. Sería un lugar desconocido para nosotros.

Seb miró al agua y, pensativo, alzó la mirada para preguntar con gesto de incredulidad a Jop:

—¿Quién es Sam?

—¡Por Dios Seb!, el pelirrojo de nuestra clase. Sam Plazcan, el hermano de Teodora... ¡Teodora Plazcan! —gritó Jop reiterando el nombre de ella.

—¡Ahhhhh! —exclamó con sonrisa socarrona Seb—. ¡Ese Sam!

Teodora Plazcan tenía diecisiete años. Para Jop y Seb era toda una mujer, y su apariencia física no pasaba desapercibida para nadie, así como su forma de vestir, moverse o comportarse con el género opuesto. Nada que ver con su hermano Sam, el pobre era la antítesis de Teodora.

—¡No sería lo mismo!—replicó Seb con aire de fastidio—. No sería un descubrimiento, sino más bien una visita guiada por ese engreído pelirrojo. No sería una aventura, nuestra aventura. No seríamos aventureros ni exploradores. La única forma de ir con ese, sería si su hermana Teodora nos acompañase... —Una mirada llena de picardía se cruzó entre ambos, y una pequeña sonrisa nerviosa les hizo por un instante perder el norte—. ¡Vivámoslo! —gritó Seb, devolviéndoles al diálogo de su pequeña discusión por seguir o no con la aventura. Una controversia que los llevaba a cada uno de ellos por un camino distinto.

—No pienso entrar en el agua y seguirte dentro de esa especie de túnel.

—Vale. Hagamos una cosa. Quédate aquí y vigila que no venga nadie. Yo avanzaré solo un poco más. Hasta girar esa esquina.

A pocos metros, la pared del lado de Jop sobresalía como una panza que se abalanzaba hacia el lado contrario. Y en la posición donde se encontraba Seb, la montaña parecía retraerse, sin que estas llegaran a tocarse.

Hacía de esta forma que el cauce por el que transcurría el agua se abriera bastante hacia la izquierda, para luego seguir hacia la derecha dibujando una especie de «ese» entre las dos montañas.

—¿Para qué...?

—... para echar un vistazo, por ver cómo sigue... —continuó Seb.

—¿Vigilar qué?

—Vigilar que no pase nadie.

—¿Y qué arreglamos con eso? Con que a cualquier persona se le ocurra pasar por aquí y nos vea, se enterarán nuestros padres. Y no pretenderás que me oculte dentro del bosque y te deje metido ahí si oigo o veo venir a alguien. ¿Y cómo te aviso? ¿Grito? Hasta este punto podemos dar una explicación más o menos lógica, pero, ¿cómo explicamos que estés metido en el agua vestido? ¡No es buena idea!

—¡La gente ahora está en los campos o en el mercado y las mujeres en sus casas! Es martes, ¡mucho casualidad sería! ¿Qué probabilidades hay?

—¡Sí, tanta casualidad y tantas probabilidades como que un martes en estos momentos estemos tú y yo aquí!

—Vaaaaaaaaa, solo un poco. Está todo controlado...

Seb sabía que ese tipo de discusiones con Jop podían ser eternas y no le llevarían a ninguna parte. Jamás le vio desdecirse de una decisión ya tomada. Cuando hablaba ya había valorado cualquier opción y sus palabras eran ya la mejor de las posibles elecciones. Pero también sabía que no se lo impediría. Así que, casi sin acabar la frase, comenzó a avanzar apoyado en la pared y sorteando las piedras que por el camino iba encontrando. Al poco tiempo ya comenzó a girar hacia la izquierda bordeando la panza de la pared contraria, hasta perderse de la vista de Jop tras la misma.

A Jop, sin embargo, le inquietaban las situaciones «controladas» según Seb. No le gustaba la idea de no poder ver a su amigo, pero sabía que este era demasiado cabezota como para no avanzar unos metros más, ya que estaba en aquel sitio y él, con su comentario sobre el agua, había despertado aquel pequeño

misterio en su cabeza. Pero también era consciente de que no iría muy lejos solo. Así que se dispuso a observar la panza de la montaña a la espera de que su amigo saciara vagamente su espíritu aventurero y volviera a aparecer por allí.

Pasados cerca de tres minutos, comenzó a impacientarse y a gritar el nombre de su amigo, pidiendo primero, e implorando después, que regresara.

No hubo respuesta. El silencio que se respiraba, solo roto por el fluir del agua y ese golpeo constante contra la roca, hacía que se inquietara a la espera de volver a ver a Seb de un momento a otro.

A los diez minutos, le pareció escuchar piedras golpear contra el agua. Por el ruido debían de ser bastante grandes, como si se desprendieran de la montaña.

Ahora sí que estaba asustado y volvió a gritar el nombre de su amigo, pero en vez de un grito desgarrador, surgió de su garganta un sonido gutural.

Empezó a sentirse aún más nervioso, habían pasado veinte minutos y se debatía en la constante de salir corriendo a buscar ayuda, destapando de esa forma su pequeña incursión en los límites de su imprudencia, y dirigirse directamente al paredón del castigo que les esperaba. Si es que Seb salía de esta. No dejaba de mortificarse, de preguntarse una y otra vez cómo le había dejado ir solo.

¿Y si le había pasado algo?

Temeroso y nervioso en sus disertaciones, de repente fue él quien escuchó la voz de su amigo llamándole.

—¡Jop...Jop...tienes que ver esto! ¡Es increíble!

Seb volvía a aparecer detrás de la panza de la montaña que

le impedía ver el trayecto del río, de nuevo pegado a la pared contraria. Volvía sonriente como era de prever. Mojado, exhausto pero radiante, tratando de llamar la atención de Jop.

Este dudaba en aquel momento si debía participar de la felicidad de su amigo o, simplemente, matarlo con sus propias manos por el mal rato que le había hecho pasar. Tardó unos segundos en reaccionar, esperando que el alma que había permanecido en vilo durante la espera volviera a su cuerpo. Pero, después de todo, Seb estaba bien. Jamás se le ocurriría hacer algo así.

—¿Estás loco? ¿Dónde demonios has ido? He estado a punto de recibirte con nuestros padres al lado. Me ha faltado esto para ir buscarlos... —Jop mostraba los dedos pulgar e índice de su mano derecha a punto de tocarse.

—¡Bah!, sabía que no lo harías. ¡Tú nunca me harías eso! Antes hubieras entrado tú mismo a buscarme.

—Sí, bueno, esa era la otra opción —dijo con tono de hastío.

—No hay tiempo para reprimendas ni explicaciones. Esto tienes que verlo con tus propios ojos. Ven, sígueme. Tienes que ver esto —repitió Seb mientras sus ojos dejaban percibir la emoción que le embargaba en ese momento. Brillaban y se abrían hasta casi salirse de las órbitas.

—¿Ver el qué? ¿Dónde has estado? No pienso meterme en el agua si no me das más explicaciones.

—Confía en mí.

Esa era buena. Pero no había cuestión, porque la única respuesta era que sí confiaba en aquel imprudente. Incluso cuando se metían en algún lío y su madre Iduna le preguntaba cómo siendo tan listo hacía caso a Seb. Su respuesta siempre fue «no lo sé». Lo llamaba: lo irracional que da sentido a lo racional. La excepción que confirma toda regla. Además, la verdad es que

al final, por unas cosas u otras, no solían salir demasiado mal parados. Sobre todo teniendo en cuenta la proporción de travesuras que desde los cinco años hacían juntos, frente al número de castigos que habían sufrido. Es decir, de las que sus padres se habían enterado.

Seb hacía indicaciones con su mano para que su amigo fuera hacia él.

—¿Que confíe? —Siempre era bueno insistir y tratar de hacer recapacitar a Seb—. ¿Qué has visto?

—Está justo aquí al lado. Vamos.

—Pues has tardado un buen rato...

—Es que no he podido resistirme a curiosear un poco.

—¿Curiosear qué? ¿Dónde?

—Hazme caso. No te vas a arrepentir —Seb cambió la entonación a una más débil y misteriosa—. He descubierto nuestra nueva guarida secreta. Ven, no estaremos mucho tiempo. Te prometo que hoy solo la veremos. Ya tendremos tiempo de regresar y disfrutarlo.

El misterio pudo con él. Sabía que Seb no soltaría ni prenda si no era él mismo quien iba a ver lo que fuera que hubiese descubierto.

Con cuidado, entró en el agua y, para buscar apoyo, se adhirió a la emergente montaña e imitó a Seb en la forma de desplazarse. El agua estaba fría, pero se podía aguantar. No recordaba haber visto brillar nunca los ojos de su amigo de esa forma. Debía ser un gran descubrimiento.

Y la verdad es que podía ser él quien controlara a la corriente y no a la inversa. No tenía tanta fuerza. «Seb era ligero como una pluma», pensó.

Esta confianza le provocó una mala pasada cuando se acabó la pared y llegó el momento de atravesar el río para llegar a la contraria. Posó de manera muy ligera el pie de apoyo al ir a dar un paso, y el agua le bamboleó lo suficiente como para tener que apoyarse con una mano en una roca que emergía del agua, salpicándole todo el rostro al hacerlo.

—¿A que no está tan fría? —rio Seb.

Jop llegó junto a su amigo que, estirando la mano, se la alcanzó para ayudarlo a llegar hasta él. Aun sin dejarle acabar de afianzarse, le indicó, ladeando su cabeza hacia la izquierda.

—¡Vamos!

Siguió a Seb tratando de apoyarse lo más posible en la roca y manteniéndose lo más alejado que podía de la parte central, donde la corriente parecía ser más fuerte, sobre todo una vez que el agua entraba por el embudo, aumentando su caudal, obligando al río a estrecharse por el paso entre montañas. Lo estrechaba en más de un metro repentinamente.

Siguieron en esa posición hasta dar la vuelta, alrededor de la panza que sobresalía de la montaña de enfrente.

Desde donde estaban, el río discurría por una especie de pasillo recto e inundado, durante unos treinta metros para luego girar en ángulo recto hacia la derecha. Justo frente a donde se encontraban, puesto que Seb había detenido la marcha, había varias rocas apiladas que sobresalían bastante del agua y que parecían haberse desprendido de la montaña.

Jop pensó en el peligro de un desprendimiento sobre sus cabezas con ellos metidos dentro de aquel cañón abnegado a causa del río.

—Vámonos, esto podría ser peligroso.

—No te preocupes, es aquí.

—¿Aquí?, ¿el qué es aquí?

Jop solo veía aquel agua avanzar emparedada, que se perdía rápido más adelante hacia la derecha y que, por cierto, al entrar en aquel pasillo que se estrechaba había aumentado considerablemente su profundidad, cubriéndoles ahora hasta la cintura.

—¿Esto es todo? ¿Para eso me has hecho calarme hasta los huesos? ¿Para ver una especie de calle por la que solo circula agua? Te conozco Seb, no voy a seguir más. Me salgo ya mismo. Y tú vas a hacer lo mismo. Salgamos y sequemos nuestras ropas.

—¡Ah, mi joven discípulo! —Seb adoptó una actitud cómica y condescendiente.

Nada en este mundo le gustaba más que tener que ser él el que explicara algo a Jop. Le encantaba hacerle rabiarse regodeándose en haber sido quien había detectado algo que para su amigo había pasado inadvertido. No era maldad, simplemente le divertía y le gustaba sacar de quicio un poco a su compañero de tropelías. Además, ese tipo de acontecimientos no eran habituales. Había que aprovecharlos.

—¿Ves que ocurre algo bajo el agua y no eres capaz de ver lo que tienes frente a ti? Joven estudiante. —Ahora arrugaba la nariz y cerraba un poco los ojos, tratando de imitar al señor Mills—. No me diga que no es capaz de apreciar lo que se alza frente a usted. —Seb se regodeaba un poquito.

Jop dejó de mirar el pasillo y observó la pared que tenían justo enfrente. La montaña se erigía tras las rocas que parecían haberse desprendido, terminando de un modo abrupto un par de escasos metros sobre sus cabezas, formando una pequeña cornisa para ascender de nuevo como una pared lisa.

Exceptuando esa pequeña erosión, la montaña se extendía a

su izquierda formando aquel enorme pasillo de piedra gris, salpicada con algún que otro matojo verde que la desafiaba abriéndose a la vida en aquel lugar.

—Sí, estamos como dos estúpidos calándonos vivos, parados, apoyados contra una pared helada, en un agua helada, a punto de coger una pulmonía dentro de algo parecido a un enorme cañón formado por dos montañas.

—Eso es lo obvio joven Jop. —Seb proseguía con su mala imitación del señor Mills—. ¡Enfrente de su naricita de sabueso novato!

—Vale. La montaña se alza y forma una especie de pequeña cornisa. ¿Qué quieres, que nos subamos ahí?

—¡Sí...!, porque no es ninguna repisa —contestó, mientras sonreía maliciosamente.

—¿Cómo?

—Desde aquí abajo, en esta posición, lo parece, ¿verdad? Parece que la pared sigue su curso después de adentrarse sobre sí misma, disminuyendo su grosor, para después recuperar su camino hacia arriba dibujando una especie de pequeña bancada con respaldo, ¿verdad?

—Sí.

—Pues no es la misma pared. Creo que ni siquiera es la misma montaña. De hecho, hay un espacio de separación entre ambas. Es la «respectiva» esa que nos explicaron en clase.

—¿Qué respectiva...? ¡La perspectiva!

—¿Y yo qué he dicho? Pues eso... ¡la perspectiva! —A Seb le fastidiaba ese gesto que en ocasiones ponía Jop por no saber qué hacer con él. Le recordaba al mismo que solía poner su madre cuando levantaba la vista al cielo y, poniendo los ojos en blanco,

preguntaba en voz alta, como esperando que alguien le contestara, a quién había salido—. La montaña no se achata de repente en ese tramo, ni se erosiona perdiendo parte de su superficie formando la repisa. Esa parte de la montaña acaba ahí, sin más. En ese trozo que parece que forma un mirador. Pero, lo cierto es que, en ese punto la pared solo llega hasta ahí. Se acaba. La que ves, y que parece que la continúa hacia arriba, es otra. Nace detrás y desde aquí parecen pegadas, pero no lo están. O eso o tu querida naturaleza ha hecho un agujero justo en ese lugar. Desde aquí parece su prolongación, pero no hay tal prolongación. Están... separadas. —Volvió a dejar un leve momento de silencio que aumentara la tensión y el regocijo de su exposición; Seb estaba disfrutando—. Su separación es tal como para que entre incluso alguien tan robusto como tú...ja, ja.

—¿Y cómo estás tan seguro? ¿Te has subido tú ya?

—Tira una piedra contra esa pared. No muy fuerte, para que no rebote y vuelva hacia nosotros. Trata de lanzar de forma que la golpees suave, es decir, de manera que debiera quedar en la pequeña repisa.

Jop se agachó y cogió una piedra de mediano tamaño del fondo del río. Miró hacia su objetivo y decidió lanzar al estilo cuchara, como lo hacían las niñas, le decía Seb. De esa forma posaría mejor y más suave la piedra en la repisa y, si caía, lo haría tras rebotar en su superficie y no en la pared. Lanzó con delicadeza la piedra y su rostro cambió cuando esta desapareció bajo lo que debía ser el suelo de aquella falsa cornisa.

—¿Lo ves?Ha caído detrás.

—¿Cómo lo has descubierto?

—¿Te extraña, eh? —Seb rio—. Sabes bien que a mí lo de observar y esas cosas no se me da muy bien. No tengo paciencia

para la vigilancia... ja, ja. Simplemente al llegar aquí no sé qué pensé que iba a encontrar... Tal vez, al girar esa montaña, el bosque recuperaría su normalidad y así te convencería para seguir un poco más. Pero al ver este largo pasillo, lo desmesurado que se veía este cañón desde aquí abajo, me di cuenta de que era estúpido continuar. Al girarme para regresar, he resbalado, y al intentar apoyarme en una piedra que sobresalía para no caerme y recuperar el equilibrio, de la presión, la roca se ha roto por su parte más estrecha y me he quedado con ella en la mano. Al estar tan decepcionado por la excursión y a la vez furioso a causa de la caída, arrojé la piedra contra la pared, justo al ras de la repisa, de forma que pegó contra la pared posterior, rebotando contra la anterior y, desapareció de mi vista cuando imaginé que vendría de vuelta hacia mí. Mi primer impulso fue cubrirme la cabeza. Entonces, cogí otra piedra y la tiré del mismo modo que acabas de hacer tú, para ver si la conseguía depositar justo encima, y nada. La piedra volvía a desaparecer por detrás. Así que...

—Así que decidiste subir, claro.

—Prácticamente me vi obligado a hacerlo, ¡ja,ja! ¡lba yo a quedarme sin saber lo que había detrás después de meterme en el agua solo para ver por dónde salía! —Ambos rieron—. Ven, es muy fácil subir usando esas piedras a modo de escalinata. Resbaladiza, eso sí. Así que ojo donde pones los pies y las manos.

Agarrado de una mano de su compañero, para no verse arrastrados por la corriente y golpeados por alguna piedra o roca saliente, Seb inició el paso hacia el otro lado, donde se encontraban las piedras precipitadas de la montaña.

Jop le agarraba de la mano mientras cruzaba y él permanecía pegado a la pared contraria para, una vez que este llegara, fuera Seb quien lo atrajera hacia sí.

Jop observaba la pila de piedras húmedas y resbaladizas mez-

cladas con cantos secos en sus partes superiores, más alejadas del agua, y que se amontonaban donde ellos se apoyaban ahora.

—No te preocupes. No hay riesgo. Yo te indico cuáles son por las que debes subir. Sé cuáles están seguras y bien fijadas. La única piedra suelta que había en la cornisa, esa ya me la he comido yo antes.

Jop recordó haber escuchado una piedra grande que caía al río mientras esperaba a Seb.

Sonrió imaginando a su amigo y el encuentro con aquella roca saliente y desprendida al agarrarse a ella.

—Tú solo sígueme y, en estas primeras piedras, sube por donde yo suba. Pisa donde yo pise y agárrate a lo que yo me agarre. Una vez arriba alcanzaremos sin problema la repisa. He añadido unas cuantas piedras para alcanzarla mejor, porque en realidad sí que hay un pequeño saliente lo suficientemente ancho como para asirse y subirse en ella. Lo mejor de todo es que por el otro lado no hay tanta altura y es más fácil regresar. Además, ya he colocado también un par de piedras como aquí. Debido a ello, tardé tanto en regresar. No hubiera bajado de no haber sabido seguro que iba a poder volver a subir.

Comenzaron su pequeña ascensión.

Seb primero. Se encaramó con facilidad por las piedras hasta llegar a una redonda que se encontraba en la parte más alta de la pila y, desde allí, se colgó de un salto en la pequeña cornisa quedando sus piernas colgando. A pulso, ascendió su cuerpo para después pasar las piernas por encima de la repisa y quedar sentado en ella mirando hacia el lado contrario al de la escalada.

Jop tentó bastante más el camino, aunque recordando los lugares por los que Seb había pasado, subió también sin la menor incidencia. Desde la piedra redonda alcanzó la repisa y le costó

un poco más subir, haciendo pulso con sus brazos mientras con las piernas trataba de espolearse hacia arriba, pataleando en pos de una superficie en la que tomar impulso. Seb sonreía.

Cuando por fin lo consiguió y se sentó resoplando junto a su amigo, este le hizo una indicación golpeándole el hombro y moviendo la cabeza hacia abajo para que mirara, le dijo:

—¡Ah, por cierto, se me olvidaba, ahí tienes tu agua!

Efectivamente, bajo sus pies fluía el agua que desde el bosque se filtraba bajo la montaña, como una variante paralela y oculta del río, que discurría mucho más ligero y menos caudaloso entre dos paredes.

Hacia la derecha, al fondo de aquel oscuro túnel en cuyo único acceso despejado al cielo ellos se encontraban, podía ver la pared a través de cuya parte inferior entraba el agua desde fuera, para un par de metros a su izquierda girar de un modo brusco en ángulo recto, dejándole como único paisaje otra pared.

Jop miraba sorprendido aquel paraje producto de la naturaleza. Disfrutaba con cada pequeño descubrimiento que aquel lugar le ofrecía.

—Y lo mejor de todo es que también sé a dónde va. —Seb estaba satisfecho de sorprender y, sobre todo, de poder ver la expresión feliz y emocionada en el rostro de Jop. Complacer y hacer feliz a su amigo era una de las dos cosas que más le gustaban en esta vida—. ¿Lo que es la perspectiva esa, eh? Jaja. Ven, bajemos.

Como aseguró, hacia ese lado había menor altura desde donde ellos se encontraban, y había apilado unas cuantas piedras que se hallaban justo bajo los pies de Jop desafiantes al vacío.

Una vez colgados hacia abajo, les permitían apoyarse con facilidad y, desde allí, meterse en una bifurcación subterránea del

río que les cubría hasta los tobillos.

Mirando hacia arriba podían ver el cielo azul que les coronaba e iluminaba aquella grieta. Al avanzar hacia la izquierda se introdujeron por debajo de la misma, en lo que parecía una cueva tenuemente iluminada gracias a la luz que entraba por un resquicio, y por otra luz que parecía relumbrar justo donde el río giraba a la derecha.

Jop siguió a Seb durante aquellos pequeños metros de penumbra y, cuando giraron en ángulo recto, quedó inmóvil. Mientras sus ojos trataban de no salirse de las órbitas, Seb lo miraba satisfecho y, llevando la mano a su mandíbula, le cerró la boca.

Frente a ellos el río abandonaba la cueva para entrar en un enorme claro que nacía en el mismo corazón de la montaña, hasta desembocar en una enorme laguna circular.

Antes de desembocar, el terreno se abría formando una especie de jardín de finas y brillante hierbas que la circundaban, convirtiéndose en una orilla formada por un manto verde salpicado por pequeñas florecillas silvestres de distintos colores que se arremolinaban agrupándose, y alejándose sectariamente de aquellas que no eran iguales, como almenas protectoras de semejante paraíso.

La montaña se escarpaba a su alrededor elevándose y protegiéndolo en diferentes niveles. Se veía con nitidez que a los niveles inferiores se podía acceder con facilidad. Jop llegó a contar hasta tres. También observó cinco agujeros negros que podrían ser entradas de cuevas.

Desde allí, y mirando hacia arriba, se podía comprobar la inmensidad de aquella montaña cuyas raíces vieron florecer junto al bosque. Se elevaba como una cúpula que quedaba abierta a mitad de su profundidad haciéndola inaccesible desde fuera.

Desde la casa de Jop se podía ver cómo en ese tramo había una enorme montaña, pero no parecía que estuviese tan cerca, ni mucho menos que fuesen dos las montañas que conformaran aquel pequeño laberinto de vías acuáticas. O quizá eran tres, o simplemente era una sola que se abría de alguna forma extraña para dar paso al río... Hasta donde se extendía el cielo en círculo, habría un centenar de metros, pero alrededor de aquel inexistente techo, se podía ver que la montaña ascendía aún más, como si fuera una chimenea. No era posible bajar por allí y, tal y como habían visto que crecía la montaña desde fuera, nadie con dos dedos de frente se atrevería a intentarlo. Ni siquiera ellos, que no tenían ni un solo dedo de frente... Escalar aquella montaña no llevaba a ninguna parte.

Los conocedores del lugar se desplazarían a través del bosque, o incluso, y con toda certeza, lo harían a través del embudo por el que ellos accedieron. Atravesar la montaña era inútil, extremadamente complicado y llevaría a una muerte segura. ¿Conocería alguien la existencia de ese lugar?

—Sé lo que piensas —Seb rompió el silencio, la fascinante ensoñación y los pensamientos absortos de su amigo—. Yo no creo que nadie lo conozca. Si este es un lugar de paso por el que se puede cruzar debido al caudal del río, no creo que a nadie le haya dado por tirar una piedra o sentarse en esa repisa a descansar. Además, la grieta, como has visto, es imperceptible a la vista. Solo alguien como tú se fija y se pregunta dónde va el agua. Desde fuera, incluso con el río más bajo, el agujero a través del que se filtra permanece sumergido e invisible. Tú... porque eres tú —sonrió Seb—, y hoy que el río estaba más crecido te has puesto a comparar el golpeo del agua contra las dos paredes. ¿A quién más se le ocurre?, cuando baja calmado ni siquiera se nota que filtra agua y el río pierde parte de su volumen al encauzarse a través de la montaña. Y seguro que el desprendimiento que nos

ha servido de escalera es reciente. De estas últimas tormentas. Si alguien pasa por allí, pasa sin más. Creo que se puede seguir el curso del río entre estas montañas. No sé hacia dónde, pero podría ser un camino utilizado para ir a algún sitio. La gente puede que pase, pero bastante tendrá con caminar por el agua como para fijarse en un paisaje cuya contemplación no les sirve de ayuda. Ni tampoco es la finalidad de pasar por ahí. Además, seguro que solo lo utilizan cuando el río baja calmado y es más accesible a su uso. Está muy cerca de tu casa, del pueblo, ¿no crees que si alguien lo conociera ya lo sabríamos? No soy muy ducho en ciencias como tú sabes, pero esto no se habrá formado de la noche a la mañana. ¡Llevará siglos! No creo que jamás nadie haya venido aquí. Mira el suelo, explorador, esta hierba somos los primeros que la pisan. Como medida de precaución al salir, desharemos la pila de rocas y dejaremos algunas sumergidas estratégicamente para que no se note que están puestas ahí adrede, y despierten la curiosidad de alguien. De ese modo, cuando queramos, podremos volver a utilizarlas para entrar. ¡Porque este sitio es nuestro, hermano! —gritó mirando el trozo de cielo que se abría entre los muros de roca y caía sobre ellos. Abriendo sus brazos—. ¡Es nuestro refugio!

Como de costumbre, la explicación de Seb había sido tosca y ruda. Pero en el fondo Jop sabía que sus razonamientos sobre la invisibilidad de aquel lugar, a ojos del resto del mundo, eran correctos.

De todas formas, también pensó que sería mejor construir algún tipo de pequeña escalera que se pudiera ocultar fuera en el bosque y usar cuando quisieran entrar. Lo de esconder las piedras y volver a colocarlas cada vez, sí que no parecía una idea muy buena.

Pero, en esos detalles, ya habría tiempo para pensar. Ahora,

como Seb decía, era momento de disfrutar de su descubrimiento. Esta vez sí que habían hecho un gran hallazgo.

—Debemos procurar que jamás nadie nos vea entrar ni salir. Y que nadie nunca nos siga —apuntilló Jop—. Aquí podemos hacer lo que queramos. Solos tú y yo. Nadie más debe conocerlo, ni siquiera nuestros padres.

—Eso es —asintió Seb—, es nuestro. Solo nuestro. Por cierto, para que veas que yo también soy curioso: ¿dónde irá el agua? Porque si esto lleva aquí toda la vida debería estar hasta arriba y no parece que se llene más.

—Seguramente, en algún lugar en el interior de esa poza, se filtra aún más bajo la montaña. Creo con toda seguridad que aquí se convierte en un río subterráneo, que vete tú a saber dónde va a salir —Jop miró a su compañero y sonriendo apostilló—, y no creo que aguantaras tanto tiempo sin respirar bajo el agua. —Ambos se echaron a reír.

Desde aquel instante, aquel lugar se convertiría en el pequeño paraíso terrenal de juegos, aventuras y estudio de ambos. Allí se bañaban en verano. Practicaron y estudiaron tranquilos durante años. Exploraron el lugar y tres de aquellos cinco agujeros que eran cuevas; en dos de ellas, las cuales se comunicaban entre sí, acomodaron mantas que les sirvieran de lecho y abrigo para las frías tardes de invierno, dos lámparas de aceite, utensilios para poder dar buena cuenta de sus meriendas y que, de cuando en cuando, fregaban en aquella poza cuyo agua se renovaba de forma natural y constante. Ropa para cuando en invierno llegaban demasiado húmedos y así permanecer secos en aquella estancia, y a la salida revertir la situación regresando a casa con la misma. Novelas de caballeros que Jop leía en voz alta mientras Seb escuchaba con los ojos cerrados dando imágenes y luz a aquellas batallas... ¿Qué más se podía pedir?

Aquel lugar les servía de cobijo cuando algo les perturbaba, o se refugiaban huyendo de algún castigo seguro merecido. Buscaban paz, emancipándose brevemente en un arrebato durante una discusión familiar, cuando algo iba mal o, cuando uno no sabía del otro. Siempre tenían claro dónde podrían encontrarse...

Aquella maravillosa noche, la luna se mostraba radiante sobre el techo abierto de aquel vergel, iluminando con su brillo la plácida agua de la charca, permitiendo ver el manto húmedo que el rocío de la noche posaba sobre la fina hierba. En primera fila. Presta a ser una noche más el testigo silencioso de los hechos. Ni un solo ruido rasgaba el silencio ni trataba de alterar la paz que reinaba en aquel lugar.

Vanidosa, no imaginaba que estaba a punto de ser destronada.

A orillas de la laguna, se encontraban dos hombres de pie, el uno frente al otro. Separados por la misma distancia que marcaba el reflejo de la luna, el cual se extendía hasta justo morir en la orilla. El límite de su anchura parecía marcar la frontera entre ambos.

Josep B. Greenval III, Capitán de la guardia del Rey y General I de los ejércitos de Alcant. Toda autoridad uniformada del reino estaba bajo sus órdenes y debía rendirle cuentas a él. En el escalafón de la cadena de mando únicamente una persona se alzaba sobre él: el rey.

Sebastien Venom, Teniente de la guardia del rey y Comandante de los ejércitos de Alcant. Tercera persona en el escalafón de la cadena de mando militar de Alcant. Héroe de campo de batalla y especialista en campañas de incursión de máximo riesgo en territorio enemigo, con la ayuda de un puñado de hombres. El hombre que tantas veces había liberado al pueblo de terribles batallas, ejecutando el plan previamente trazado por su capitán.

Su gran amigo.

Su hermano.

Y esa noche, ante la atenta presencia de la luna como testigo mudo, uno de los dos iba a morir.



## II

# En la Actualidad

## Median

*«Cuanta más conexión con el ser se tiene, mayor empatía con el prójimo»*

*Gabriel Corval*

*I know/that's just it goes/and you ain't right/for sure/you turned  
your back on love/for the last time/it won't take much longer now/ time  
makes me stronger...*

**O**ne Day In Your Live, de Anastacia, sonaba en la cadena M80 a través del antiguo aparato de radio situado sobre una de las baldas que se encontraban tras el pequeño mostrador. Mientras, Luna tecleaba el importe de la compra de la señora Bred, tratando, no sin cierto esfuerzo, de que su eterna sonrisa no acabase inundando aquel espacio de trabajo con una estruendosa carcajada, ante el relato de Mary Ann. Esta relataba cómo su marido Paul trató de sorprenderla, y desde luego que lo consiguió, preparando una cena romántica. Todo un desastre. Su hiperbólica y exagerada descripción de lo sucedido, le daba al relato y a la señora Bred un aire cómico, obligando a Luna a llevarse continuamente la mano a la boca en un intento de controlarse.

Luna tenía una sonrisa cautivadora, sus dientes blancos se alineaban en perfecta armonía en una boca grande, delimitada por unos finos y sensuales labios que invitaban a ser besados. Era sabedora de una sonrisa devastadora y una belleza que otros se empeñaban en que ella viera y en la que no reparaba. No era más que una chica normal.

Tal vez, era su forma de ser y de ver el mundo y a las personas que habitaban en él. Capaz de ver la belleza de los demás, pero incapaz de ver la suya propia.

El físico nunca fue importante para ella y, en cierto modo, se enorgullecía por ello. Solo la envidia y las malas lenguas, decían que pensaba así porque era una mujer bella.

Luna Dovar era alegre, extrovertida y muy optimista. Afrontaba su día a día con la mayor predisposición posible. Pensaba siempre en positivo, aunque el momento no hiciera justicia. Creía que vivir de manera apasionada, esperando algo bueno en cada momento, y tomándose todo con filosofía, conseguiría atraer hacia ella solo cosas buenas y positivas. Creía que éramos lo que vivíamos, y que no debíamos conformarnos con ser el reflejo de nuestras pretensiones.

La misma sonrisa que ofrecía, era la misma que la hacía desdichada. Se escondía tras ella y nunca mostraba al mundo su verdadero sentir. Un muro infranqueable se había establecido entre los dos «yos» que conformaban su persona. Esa lucha interior y constante por ofrecer lo mejor de ella, por no querer decepcionar a nadie, la había llevado a convertirse en una esclava de sus verdaderos sentimientos. Los mismos que escondía tras su sonrisa a modo de escudo.

Mary Ann acabó al fin su anécdota, la cual surgió de la nada. La señora Bred era incapaz de callar ni debajo del agua. Explicaba a Luna el motivo por el cual siempre llevaba a casa tanto

embutido y conservas. Por aquello de la buena predisposición y voluntad de su marido. Como siempre, tenía a bien recordarle que de la buena voluntad no se comía...

A Luna no le costó imaginar lo que cenaron el día de la famosa cena improvisada por el voluntarioso señor Bred.

—Bueno, me voy antes de que Paul se ponga de nuevo a jugar a las cocinitas, no vaya a ser que me estropee el salmón que tengo para cenar hoy. No te entretengo más, mi niña. ¿Qué te doy bonita?

—Veintiuno con diez —respondió Luna con una sonrisa de lado a lado.

Mientras, alcanzaba con su mano a la señora Bred el ticket de compra. Hacía ya un rato que lo había expedido la caja registradora, cuyo sonido al abrirse no interrumpió lo más mínimo la retahíla interminable de Mary Ann.

Esta sacó un billete de veinte de su cartera y rebuscó en su monedero, en pos de alguna moneda que le permitiera pagar sin tener que obligar a Luna a darle cambio de un billete de cincuenta, que guardaba con recelo en uno de los pequeños compartimientos de una billetera de piel. En tiempos mejores se veía que había sido muy refinada, de un color camello y con un pequeño dibujo grabado en la esquina inferior de la misma. Gastada por el roce y alguna que otra mancha, había perdido toda la elegancia que antaño tuvo. Debió ser de su padre, o quizá de su abuelo, porque era evidente que no solo era de hombre, sino que tenía muchos años.

—Aquí tienes. ¡Justito!

La señora Bred se ajustó el asa del bolso a su hombro derecho, y con ambas manos cogió las dos bolsas que Luna tenía ya preparadas encima del mostrador. Cuando Mary Ann se disponía a

abandonar la pequeña tienda de ultramarinos, justo bajo el marco de la puerta, se giró y con una enorme y amarillenta sonrisa, le dedicó las mismas palabras de siempre:

—¡Y a ver cuándo te echas un novio!, ¡pero que sepa cocinar!

Se hizo tanta gracia a sí misma, por lo de cocinar, que la carcajada que acompañó al final de su frase, casi hace que se ahogue. Un acceso de tos hizo que no pudiera decir más. Esto último volvió a provocar que Luna se llevara una vez más la mano a su boca tratando de no reírse de la señora Bred.

Después de que presenciara, desde su posición tras el mostrador, cómo Mary Ann se había repuesto de su ataque de tos, y tras salir y cerrar la puerta, pudo observar cómo se disponía a parar ella solita el tráfico al cruzar la calle a modo de guardia urbano. Y aún pudo oírla gritar, ya de espaldas a ella, con inusitada tristeza y un trasfondo de suspiro, «¡Con lo guapa que es!», mientras sorteaba los coches que le iban avisando con el sonido del claxon o algún que otro gesto.

Mary Ann iba por el medio de la carretera.

Luna no puedo evitar dedicarle una tierna y callada sonrisa. Le caía bien la señora Bred. Tenía ese punto de maruja alocada que le hacía tanta gracia y que, en más de una ocasión, la llevaba a elucubrar cómo sería ella a la edad de Mary Ann.

Se preguntaba si sería igual. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo devolviéndola a la realidad, acompañando el momento de un repelús y una muda risita nerviosa.

No le importaba el interés que mostraba la señora Bred por ella. Aunque quisiera evitarla, le resultaría casi imposible, ya que era no solo clienta asidua, sino que también eran vecinas. Puerta con puerta. Siempre pendiente y preocupada, le llevaba comida que casualmente, y a menudo, «había hecho de más». «No sé qué

pasa, que no he calculado bien, me debo estar haciendo más vieja de lo que ya soy», solía decir con gesto indulgente para que Luna no entendiese aquellas palabras como un acoso constante a su intimidad, y tomara con ella una actitud condescendiente. Pero lo cierto era que a Luna no le importaba esa actitud protectora. «¡Ponte el termómetro, no tienes buena cara!, ¡trabajas mucho!... ¿has comido algo hoy?... Mira que te estás quedado en los huesos, y con el tiempo que le dedicas a la tienda no tienes tiempo para cocinar y andas malcomiendo comida basura y precocinados de hospital».

Los Bred no habían podido tener hijos, y la llegada de Luna a la comunidad había hecho florecer en Mary Ann un instinto maternal que creía haber pedido con el paso de los años. Había despertado en ella algún tipo de instinto protector para con Luna, cuya preocupación y cuidados, superaban con amplitud las normas de conducta del buen vecino.

La llegada de una mujer joven y emprendedora le había dado vida al barrio de Azur. Sus rascacielos de entre diez y catorce plantas, se alineaban de forma rectangular, construyendo barriadas que se distribuían de un modo consecutivo, entre parques y jardines verdes que delimitaban las mismas, y ocupaban las zonas no edificables que por lo general componían las numerosas pendientes que formaban Sant Joan.

Median había pasado de ser una pequeña ciudad enclavada entre montañas cerca de la costa, a extenderse entre la misma montaña y arrimarse a sus playas. Azur era un pequeño barrio formado por cuatro enormes edificios de diez plantas cada uno, que se alineaban en paralelo formando el consabido rectángulo. Cada edificio, de ladrillo rojizo, tenía cuatro portales cuyas zonas quedaban delimitadas por unos pequeños patios grisáceos en los que reposaban algunas jardineras, y que se encontraban

rodeados por un pequeño murete que, a su vez, hacía de enorme bancada, quedando abierto en su parte frontal para dar acceso a los vecinos.

Los edificios estaban unidos entre sí a través de una enorme escalera por la parte izquierda, tomando como referencia el portal Uno, situado en la parte más baja y que ascendía entre dos pequeñas explanadas de barro, que con el tiempo se transformaron en jardines. De esta manera, los vecinos de Azur estaban conectados entre sí, ellos y sus comercios, sin necesidad de dar el rodeo que significaba ascender por la acera para tener que llegar al edificio que se encontraba enfrente. Por su derecha, donde estaría situado el portal Cuatro, había una enorme carretera de única dirección que bajaba en pendiente y cuyas aceras la unían con los edificios de la parte de arriba. Por esa carretera uno dejaba Sant Joan.

Luna había decidido no solo instalarse en un coqueto apartamento en el número cinco de este pequeño barrio obrero, sino que eligió como zona de trabajo aquel mismo lugar. Un pintoresco edificio donde sus habitantes eran tan peculiares como extraños.

Estaban el señor y la señora Bred, que vivían en él desde la década de los cuarenta y eran vecinos.

En el piso inferior, justo abajo del de Luna, vivían dos lesbianas que le daban al edificio un aire fresco de obscenidad a un ambiente recogido de beatitud decorosa. Eran varias las veces que las habían encontrado mordiéndose la boca debajo de la escalera, con los pechos al descubierto mientras una de ellas, alternando aquella feroz ansia por devorarse, le lamía y mordía los pezones a la otra, en la excitación más frenética y desbordante por conseguir y dar el placer más absoluto. Era el señor Bred el que las había pillado en semejante situación y

había subido a su casa en calentura.

En el tercero, vivía un matrimonio joven que se había mudado recientemente y que todavía no tenía niños. Y frente a ellos, vivía la señora Margarete, una mujer mayor de unos setenta años, rodeada de gatos y de los muchos recuerdos que su marido le había dejado al morir, ya hacía cerca de quince años. Los dos apartamentos del segundo y primer piso estaban vacíos. En los cuatro habían puesto carteles de que se alquilaban o se vendían.

Aquellos eran los habitantes más reseñables del edificio en lo concerniente a la mínima curiosidad de Luna. El resto, eran matrimonios de cierta edad con hijos mayores, o parejas a quienes sus hijos ya habían abandonado, emprendiendo su propia vida.

Algunas tardes de verano Luna y la señora Bred tomaban café en casa de esta. Luna esperaba en el sofá mientras Mary Ann lo preparaba. Este también tuvo que pertenecer a algún antepasado. Era casi imposible permanecer sentada en él más de un minuto, ya que los resortes asomaban por pequeños orificios que se habían hecho en la tela del sofá buscando una salida. Solía ojear las fotos que envolvían las paredes de aquella pequeña habitación. La estancia estaba cargada de un aire viciado, y el olor a rancio llenaba aquellas cuatro paredes.

Todo era un caos. En menos de quince metros cuadrados se podían contar más de seis clases diferentes de muebles, y ninguno tenía nada que ver con el otro. A Luna le recordaba a un museo. Mientras ella pululaba por la habitación, y sacudía sus piernas a cada paso que daba para que volviera la sangre a circular, Mary Ann gritaba desde la cocina dónde y cuándo se hizo la foto, el por qué, cómo surgió aquel momento, y las personas inmortalizadas en ellas.

Desde luego que sí, aquello no solo era un museo, sino que además, con toda la información vertida por Mary Ann, era lo

más parecido a una visita guiada. Ser consciente de ello hizo que la situación le resultara graciosa y no pudo contener la risa. Le describía con todo lujo de detalles una historia pretérita para cada una de las fotos, en un tono de nostalgia que la evocaba al pasado y hacía pensar a Luna que para la señora Bred cualquier tiempo pasado fue mejor.

Cuando Ann se hubo ido, Luna volvió a sentarse en su taburete. Con avidez retomó la lectura que había dejado al entrar su vecina. Se había sumergido tanto en ella, que no se había dado cuenta del tintineo de las estrellas azules que colgaban del techo, frente a la puerta, para avisar de un nuevo cliente. Pero aquello no fue lo que la sacó del letargo de su lectura, sino una canción que sonaba de fondo en la radio.

Luna Dovar tenía treinta y tres años. Hacía casi dos que se había trasladado, dejando atrás su vida pasada en el campo, muy cerca de una de esas ciudades que habían ido creciendo entre la vasta naturaleza, usurpando un territorio exclusivo y por derecho propio de frondosos bosques y gigantescas montañas, para llegar a la capital, cerca de la costa de Median.

La vida está llena de constantes decisiones, e inevitablemente cuando elegimos una nos enfrentamos a un duelo de pérdida... Y, para Luna, aquella decisión suponía lanzarse al vacío a sabiendas que nada ni nadie podría salvarla después.

En un plano onírico, aquel salto representaría no solo quedar expuesta a las constantes decisiones del día a día, sino que también significaría el cambio a una vida nueva a la que debía hacer frente. Así que vendió su casa de campo en la pedanía de Tente, a las afueras de Alcant, e inició, sin mirar atrás, lo que sería su nueva vida.

Había escapado de una relación de casi diez años con Ethan, un arquitecto dos años más joven que ella. Lo que comenzó como

algo casual, se fue consolidando con el tiempo. Toda la vida de Luna pasó a un segundo plano, dejó de ser ella para convertirse en lo que Ethan quería. Su día a día se fue haciendo insostenible, cayendo en la monotonía y el hastío.

Se conocieron en la piscina municipal del pueblo. Ella iba tres veces por semana y él empezó a nadar por casualidad. Por aquel entonces estaba trabajando en un proyecto muy ambicioso, que hizo que tuviera que trasladarse a Tente durante unos meses. Nadar resultó ser una buena vía de escape para relajarse...

El primer encuentro entre los dos fue como cualquier otro entre desconocidos. Ninguno de ellos reparó en la existencia del otro.

La coincidencia les llevó con los días al acercamiento. Primero un «hola» a la llegada y un «adiós» al despedirse. De vez en cuando, Luna se encontraba con una mirada furtiva de Ethan. Con el tiempo, él se dio cuenta de que, si seguía allí tras su rutina de ejercicios, era por ella. La reiteración de la coincidencia les llevó del saludo a una sonrisa y, después, a ser capaces de entablar una conversación. Descubrieron que tenían algunas cosas en común.

Ethan era extrovertido, hacía reír a Luna y esa virtud en las personas la atrapaba. Era un hombre culto e inteligente. Le gustaba mucho estar siempre rodeado de gente. Era el alma de las fiestas y reuniones. Aunque a veces contrarias a las de Luna, este defendía vehementemente sus convicciones, pero sin imposición alguna. Se ganaba el respeto respetando a los demás, y portaba con diligencia la ética en su trabajo.

Comenzaron a verse fuera de la piscina. Disfrutaban de largas conversaciones en las que solo se le oía hablar a él. Ella se limitaba a escuchar curiosa por saber más de su trabajo, de su vida, de su día a día. Quería descubrir al hombre que estaba frente a

ella. Era generoso en todos los aspectos. Buen hijo y amigo de sus amigos. En aquel momento, era todo lo que necesitaba.

Ethan se enamoró de ella. Se enamoró de su dulzura y de un carácter arrollador, del que no dudaba en hacer uso si era necesario.

Luna era un compendio de emociones que estallaban al unísono y de las que no podías escapar si te cruzabas en su camino.

Se enamoró de aquel aire de despiste encantador. Su curiosidad era un tornado que arrasaba llevándose a su paso todo lo que hubiera por el medio.

Se enamoró de esa fuente inagotable de energía y vitalidad, que emanaba por cada poro de su piel. De esa mujer decidida, que sabía en todo momento lo que quería; de ideas claras y filosofía de vida algo minimalista.

Por un lado estaba una Luna algo eremita. Le gustaba esa soledad no impuesta, de la que hacía uso siempre que se le permitía. La otra cara compartía grandes trazos de la personalidad arrolladora de la primera. Uniéndose a esta, una mujer vehemente y, con un orgullo que la perdía. Tan sincera, que en ocasiones rozaba la ironía. El conjunto de sus «dos yos» la convertían en todo un volcán que no sabías cuándo entraría en erupción.

Al principio, la relación parecía funcionar. Ethan volvió a Alcant, a su residencia habitual, y al trabajo en su estudio. Ella siguió residiendo en Tente, aunque su trabajo la obligaba a recorrer cada día los apenas once kilómetros que la separaban de la ciudad, donde hacía poco más de un mes estaba cubriendo una baja por maternidad en una gestoría. De esa manera, la relación continuó sin problemas y dándose cada uno el tiempo y el espacio que necesitaban.

Aunque era una mujer de carácter y no se dejaba llevar por

los demás, con el tiempo la presión fue recayendo sobre ambos. Llevaban cerca de dos años juntos y todavía no habían hablado de formalizar la relación. Quizá Luna tuvo algo de culpa en esto. De alguna manera indirecta en conversaciones entre Ethan y ella, dejó ver muy claro sus intenciones, por lo que él entendió con esos mensajes implícitos que no debía presionarla. Pero la vida da muchas vueltas y al final se ataron más. Quizá más de lo que hubiese deseado.

Hacía tiempo que ella había perdido la fe en el principio de la cohesión interna del mundo y, en consecuencia, de la humanidad. Solía decir que cuanto más conocía a las personas, más quería a su perro. Pensaba que el destino de cada uno se labraba con los propios actos, acciones y decisiones. No creía en la predestinación ni en una vida programada, llamada por los creyentes, destino. Para ella solo existía el libre albedrío, la libre elección de hacer algo, de tomar decisiones que nos llevaran a ser esclavos de nuestros propios actos y en consecuencia a vivir con ellos. Y ahora, ella empezaba a recoger los frutos que había sembrado.

Luna nunca se enamoró. El cariño que profesaba por él era incalculable, el mismo que sentía por el señor y la señora Bred. De una forma natural, sin intención alguna. Era un cariño basado en el día a día y la costumbre, pero lejos de sentir ese cosquilleo en el estómago, de perder el apetito y sentirte estúpida. Era consciente de que nunca había sentido semejantes sensaciones.

«¿Me quieres?», largos silencios se interponían entre una pregunta hecha con pasión a la espera de una respuesta con la misma emoción. Pero no podía ser más cínica de lo que ya era. Así que los silencios fueron cada vez más largos e incómodos.

El amor te ciega ante todo.

Y Ethan lo estaba a partes iguales, por el deseo libidinoso que despertaba en él una mujer como Luna que, a pesar de su timi-

dez, en la intimidad lo daba todo, mostrándose sensual, ardiente y, en ocasiones, algo salvaje. Y también por la ilusión de compartir sus vidas, tenerla cerca de él. Quería controlar aún más la vida de Luna. Deseaba dejar de tener que volver a la ciudad tras un fin de semana en su casa. O de verla marchar al alba de su apartamento en Alcant, para regresar primero al trabajo y al anochecer, a Tente.

No podía entender cómo semejante mujer que le ofrecía lo que le daba en la intimidad, no fuera capaz de quererle ni un poco.

Compraron una casa en las afueras, en una nueva urbanización en Tente, ya que ambos preferían la vida en el campo. Con el tiempo, Luna vio invadido su espacio. Él dejó de ser tan permisivo como lo era al principio del ir y venir de ambos.

No era suficiente lo que le ofrecía, a sabiendas del esfuerzo que le suponía seguir ahí a su lado, a pesar de los sentimientos de ella. Ahora no tenía donde esconderse para disfrutar de esa soledad que, en ocasiones, se imponía a sí misma. Estaba agotada de luchar contra su voluntad. Y cuando creyó que las cosas no podían ir a peor...

Luna lo trataba en todo momento con respeto, pero su comportamiento hacía él era el mismo que mostraba con el resto del mundo. Y Ethan no lo encajaba muy bien.

Él quería más, no quería ser tratado con cordialidad como si fuese un vecino cualquiera.

Su actitud no ayudaba para nada a Luna. Empezó a sentirse mal y la culpabilidad comenzó a hacer mella en el poco juicio que le quedaba. Era consciente de que no podía, de que no era capaz de querer a Ethan por mucho que se esforzase en ello.

Él necesitaba a una mujer que valorase todo lo que estaba dispuesto a dar. Que lo amase de verdad y como él se merecía. Su

inquietud ante esta obviedad fue creciendo a medida que veía cómo él se esforzaba todavía más por consolidar una relación sin futuro, pasando por alto aquellos molestos silencios que se producían entre ambos, y el rictus de ligera amargura que se le dibujaba a Luna en el rostro a pesar de su eterna sonrisa.

Ethan se estaba esforzando. Vivía atrapado en una convivencia que acabó mostrándole que no eran tantas las cosas que creían compartir. Empezó a sentirse desnudo en presencia de aquella desconocida que se negaba a entrar por completo en su vida, por más que él intentaba entrar en la suya a hurtadillas.

Las cosas no fueron a mejor, la noticia del embarazo de Luna sería una muerte anunciada a una relación que se había quedado anclada, y lo que debiera haber sido un feliz acontecimiento, se tornó en un oscuro presagio para Ethan.

Comenzó a llegar tarde a casa, y sus salidas sin la compañía de Luna se fueron haciendo cada vez más asiduas. Él no era de los que buscaban fuera lo que no tenían dentro de casa. Era fiel por naturaleza. Aunque sí es verdad que el sexo ya no era tan divertido. Se había convertido en algo rutinario, que servía de vía de escape para las necesidades de ambos. Era casi mecánico. No, él no era de esos. La realidad era que se le hacía un mundo el llegar a casa y encontrarse con la vida que no tenía.

Empezó a quedar con los amigos. A beber más de la cuenta. Lo que comenzó como algo esporádico, acabó de una forma continua y sin control. Luna casi lo prefería, era una manera de volver a respirar sin tenerle todo el día encima de ella. Esa convivencia fingida la estaba asfixiando. Llevaba tiempo rumiando la idea. Se sentía como el Rey Midas, pero a diferencia de él, todo cuanto tocaba lo convertía en mierda. No solo se había atado a una vida que no deseaba, sino que había ido tan lejos que había hecho muy infeliz a un hombre que solo merecía que lo quisie-

ran. Pero ya no importaba, el mal estaba hecho y no había forma de volver atrás para enmendarlo.

Debía darle la oportunidad de encontrar una mujer que lo valorase y quisiera. El seguir a su lado sería condenarse de por vida a la infelicidad más absoluta.

Los amigos no ayudaban. «¿Dónde vas a ir ahora...?», «¿Qué vas hacer sin él...?», «Piensa que te puedes quedar sola...». Los amigos comunes se posicionaron a favor de él. «Quizá no encuentres a alguien con tu edad...», etc.

Pero Luna no era una conformista, no se aferraba a las cosas por necesidad. Quería ser absorbida por la facultad de independencia y progreso. Estaba plétórica dentro de las circunstancias. Aquello no estaba previsto, pero la noticia la llenó de vida. Aunque eso significaba que Ethan quedaría aún más en un segundo plano de lo que ya estaba. De la noche a la mañana se vio relegado, no soportaba la reclusión y ese separatismo al que se estaba viendo sometido. No en cuanto a su relación con ella, sino a no permitirle disfrutar siquiera de la gestación de su hijo. Quizá ese fuera el momento en el que la voluntad volvió de nuevo a él, para darse cuenta de que lo había perdido todo.

Así estaba la situación, cuando una noche, en un estúpido accidente doméstico, Luna perdió al bebé.

Ya no la retenía absolutamente nada. Se trasladó cerca de la única familia que le quedaba: su hermana Suam, y su pequeña y adorable sobrinita Jena. Podría disfrutar más de ambas.

Así que se trasladó a la capital, a Median, un lugar que pronto la fascinó por completo. Una enorme ciudad cosmopolita donde uno podía notar la adrenalina correr por su cuerpo al sentirse parte de algo que estaba en continuo y perpetuo movimiento.

Y luego, en contraste y dando equilibrio, tenía las montañas

que la rodeaban y donde siempre podía refugiarse si saturada buscaba lo contrario, un poco de tranquilidad. Para rematarlo y completar la carencia de Alcant y su querida Tente, a pocos kilómetros tenía el mar.

Adoraba dar largos paseo por la orilla, al ocaso. Le gustaba sentir el agua avivando su circulación mientras le cubría hasta los tobillos. El tacto de la última de las olas, llegaba rendida a tierra firme, golpeándola al andar, casi acariciándola. O, simplemente, disfrutaba de la visión que le regalaba las tardes frías de invierno; un mar embravecido, cuyos sonidos llegaban a ella en forma de letanía.

Se sentía parte de Alcant, la llevaba en su sangre, pero Median le descubrió un nuevo paraíso lleno de posibilidades.

No quiso establecerse en la costa, cerca de su hermana, le apetecía vivir independiente, disfrutar a diario de algo diferente a lo que hasta ahora había vivido. Optó por cambiar la tranquilidad y el remanso que el campo le ofrecía, a cambio de la vorágine insaciable que suponía residir en la gran ciudad. Por eso decidió trasladarse al barrio de Azur. En la parte alta de Median, en el distrito de Sant Joan. El más denso en población de toda la ciudad.

Alquiló un piso alto, un noveno. La magnitud de los otros edificios le privaba de una vista panorámica del barrio. Se tenía que conformar con el depresivo paisaje que le ofrecían los balcones y ventanas de sus vecinos. Pero todo ello lo compensaba con el regalo que le ofrecían las noches: de cielo despejado y una incipiente contaminación menos acusada.

Una vez instalada, y con la constante de cómo iba a ser a partir de ese momento su vida, en uno de esos paseos que le servían de reflexión para poner en orden sus ideas, se fijó en el anuncio de venta de un pequeño comercio, justo frente a su casa.